

LIBRO I — PARADISO.....1

CAPÍTULO I: UNA NOCHE DE
CABALLERO.....2

CAPÍTULO II: ¡A LA CARGA!.....28

CAPÍTULO III: FAETÓN.....53

CAPÍTULO IV: AU PAYS DE COCAINE.....66

CAPÍTULO V: UNA HEROÍNA DE
HEROÍNA.....93

CAPÍTULO VI: EL BRILLO SOBRE LA NIEVE
.....114

CAPÍTULO VII: LAS ALAS DEL PÁJARO OOF
.....143

CAPÍTULO VIII: VEDERE NAPOLI E POI-
PRO PATRIA-MORT.....154

CAPÍTULO IX: EL GATTO FRITTO.....175

CAPÍTULO X: LA BURBUJA ESTALLA.....194

LIBRO II – INFERNO.....214

CAPÍTULO I: RACIONES ESCASAS.....215

CAPÍTULO II: VERANO TARDÍO.....243

CAPÍTULO III: EL RECHINAR DE LOS
FRENOS.....263

CAPÍTULO IV: POR DEBAJO DE LOS
BRUTOS.....290

CAPÍTULO V: HACIA LA LOCURA.....	310
CAPÍTULO VI: CORTE EN SECO.....	333
CAPÍTULO VII: EL HUNDIMIENTO FINAL	356
LIBRO III PURGATORIO.....	373
CAPÍTULO I: KING LAMUS INTERVIENE	375
CAPÍTULO II: PRIMEROS AUXILIOS.....	398
CAPÍTULO III: LA VOZ DE LA VIRTUD...427	
CAPÍTULO IV: FUERA DE PELIGRO.....	453
CAPÍTULO V: EN TELEPYLUS.....	480
CAPÍTULO VI: LA VERDADERA VOLUNTAD.....	507
CAPÍTULO VII: AMOR BAJO VOLUNTAD	531
BIBLIOGRAFÍA.....	564



CAPÍTULO I: UNA NOCHE DE CABALLERO

Sí, desde luego me sentía deprimido. No creo que aquello fuera del todo una reacción al día. Por supuesto, siempre hay una reacción después de la excitación de un vuelo; pero el efecto es más físico que moral. Uno no habla. Uno se queda tumbado por ahí, fumando y bebiendo champaña.

No, me sentía de un modo completamente distinto, podrido de otra manera. Observé mi mente, como pronto aprende a hacer el aviador de cierta categoría, y realmente me sentí avergonzado de mí mismo. Tomándome en conjunto, era uno de los hombres más afortunados con vida.

La guerra es como una ola; a algunos los arrolla, a otros los ahoga, a otros los hace pedazos contra la grava de la orilla; pero a algunos los lanza muy arriba en la playa, sobre arena dorada y reluciente, fuera del alcance de cualquier nuevo capricho de la fortuna.

Permítanme explicarme.

Mi nombre es Peter Pendragon. Mi padre era un hijo segundo; y se había peleado con mi tío Mortimer cuando ambos eran muchachos. Era un médico general en Norfolk que luchaba por salir adelante, y no había mejorado su situación al casarse.

Sin embargo, logró reunir lo suficiente para darme alguna clase de educación, y al estallar la guerra yo tenía veintidós años y acababa de aprobar el examen intermedio de Medicina en la Universidad de Londres.

Entonces, como dije, llegó la ola. Mi madre se ofreció para la Cruz Roja y murió en el primer año de la guerra. Tal era la confusión que ni siquiera me enteré hasta más de seis meses después.

Mi padre murió de influenza justo antes del Armisticio.

Yo me había alistado en el servicio aéreo; me fue bastante bien, aunque de algún modo nunca estuve del todo seguro ni de mí mismo ni de mi máquina. El comandante de mi escuadrón solía decirme que nunca llegaría a ser un gran aviador.

—Viejo amigo —decía—, te falta el instinto — calificando el sustantivo con un adjetivo completamente carente de significado que, sin embargo, conseguía volver su frase sumamente esclarecedora.

—Donde te salvas —decía— es en que tienes un cerebro analítico.

Bueno, supongo que lo tengo. Así es como he llegado a estar escribiendo todo esto. En cualquier caso, al final de la guerra me encontré con un título de caballero que todavía creo firmemente que se debió a un error administrativo por parte de algún funcionario.

En cuanto al tío Mortimer, siguió viviendo a su manera crustácea; un solterón rico, hosco y malhumorado. No volvimos a saber nada de él.

Y entonces, hace aproximadamente un año, murió; y descubrí con asombro que yo era el heredero único de sus cinco o seis mil libras anuales, y el propietario de Barley Grange; que es realmente un lugar endemoniadamente agradable en Kent, lo bastante cerca como para ser conveniente para el joven próspero y mundano en que me había convertido; y, lo mejor de todo, una extensión de agua artificial lo bastante grande como para que yo la utilizara como hidropuerto para mi hidroavión.

Puede que no tenga el instinto para volar, como decía Cartwright; pero es el único deporte que me importa.

¿Golf? Cuando uno ha sobrevolado un campo de golf, esa gente parece una panda tan espantosa de imbéciles. ¡Solemnidades pigmeas!

Ahora, acerca de mi depresión. Cuando llegó el final de la guerra, cuando me encontré sin un centavo, sin empleo, completamente echado a perder por la guerra (aunque hubiera tenido el dinero) para continuar en el hospital, había desarrollado una psicología completamente nueva. Usted sabe cómo se siente uno cuando está combatiendo en duelos aéreos: parece que uno estuviera desligado de todo. No hay nada en el Universo salvo uno mismo y la cabina de aquel al cual intentas abatir. Hay algo distante y casi divino en ello.

Y cuando me vi arrojado a la calle por una patria agradecida, me convertí en un animal completamente distinto. De hecho, muchas veces he pensado que no existe ningún “yo” en absoluto; que somos simplemente el medio de expresión de algo diferente; que cuando creemos que somos nosotros mismos, no somos más que víctimas de una ilusión.

¡Bah, al diablo con eso! El hecho simple es que me había convertido en un animal salvaje y desesperado. Tenía demasiada hambre, por así decirlo, como para perder el tiempo pensando amargamente en las cosas.

Y entonces llegó la carta de los abogados.

Aquello fue otra experiencia nueva. Antes no tenía idea de las profundidades a las que puede descender el servilismo.

—Por cierto, Sir Peter —dijo el señor Wolfe—, naturalmente llevará algún tiempo arreglar todos estos asuntos. Es una herencia muy grande, muy grande. Pero pensé que, en los tiempos que corren, no se ofendería, Sir Peter, si le entregáramos un cheque en blanco por mil libras para que pudiera ir tirando.

No fue hasta que salí de su despacho cuando me di cuenta de cuánto deseaba mi negocio. No tenía por qué preocuparse. Había administrado los asuntos del pobre tío Mortimer lo bastante bien durante todos aquellos años; no era probable que yo me molestara en ponerlos en manos de un hombre nuevo.

Lo que realmente me complació de todo el asunto fue la cláusula del testamento. Aquel viejo cangrejo se había pasado toda la guerra sentado en su club, gruñendo y lanzando pullas a todo el mundo que veía; y, sin embargo, había estado siguiendo de cerca lo que yo hacía. Decía en el testamento que me había nombrado su heredero “por los espléndidos servicios que había prestado a nuestra amada patria en su hora de necesidad”.

Esa es la auténtica psicología celta. Cuando todos hemos terminado de hablar, hay algo que nunca pronuncia una palabra, pero que se hunde directamente en la tierra, a plomo hasta el centro.

Y ahora viene la parte curiosa del asunto. Descubrí con asombro que el animal desesperado que iba de un

lado a otro buscando trabajo había sido, después de todo, un animal bastante feliz a su manera, del mismo modo que el dios desesperado que combatía en el aire, jugando a cara o cruz con la vida y la muerte, había sido feliz.

Ninguno de esos dos hombres podía deprimirse por la mala fortuna; pero el joven próspero y mundano era una criatura muy inferior. Todo lo aburría más o menos, y se irritaba claramente si le servían una chuleta demasiado hecha. La noche en que conocí a Lou entré en el Café Wisteria en una especie de embotamiento hosco y enojado.

Sin embargo, el único incidente irritante del día había sido una carta de los abogados que había encontrado en mi club después de volar desde Norfolk a Barley Grange y subir en automóvil a la ciudad.

El señor Wolfe me había aconsejado con mucha sensatez que hiciera un arreglo sobre una parte de la herencia, previendo la eventualidad de que me casara; y había algún estúpido obstáculo con respecto a conseguir fideicomisarios.

Detesto el derecho. Me parece como si no fuera más que una elaborada serie de obstáculos para hacer las cosas con sensatez. Y, sin embargo, claro está, al final hay que tener formalidades, del mismo modo que en la aviación hay que hacer preparativos para despegar

y aterrizar. Pero es una maldita molestia tener que ocuparse de ellas.

Pensé que me daría una pequeña cena por mi cuenta. No tenía el suficiente sentido común para comprender que lo que realmente necesitaba era compañía humana. No existe tal cosa. Todo hombre está eternamente solo. Pero cuando uno se mezcla con un grupo medianamente decente, olvida ese hecho espantoso el tiempo suficiente para darle al cerebro ocasión de recuperarse de los síntomas agudos de su enfermedad: la de pensar.

Mi viejo comandante tenía razón. Pienso demasiado; también Shakespeare. Eso fue lo que lo llevó a escribir aquellas cosas maravillosas sobre el sueño. He olvidado cuáles eran; pero en su momento me impresionaron. Me dije: «Este viejo pájaro sabía cuán terrible es estar consciente».

Así que, cuando entré en el café, creo que la verdadera razón fue que esperaba encontrar a alguien allí y pasar la noche conversando. La gente cree que hablar es señal de pensar. No lo es, en su mayor parte; por el contrario, es un ardid mecánico del cuerpo para aliviarse de la tensión de pensar, del mismo modo que ejercitar los músculos ayuda al cuerpo a volverse temporalmente inconsciente de su peso, de su dolor, de su fatiga y de la premonición de su destino final.

Ya ve qué pensamientos sombríos puede tener un hombre, incluso cuando es el favorito de la Fortuna. Es una enfermedad de la civilización. Nos encontramos en una etapa intermedia entre el estupor del campesino y... algo que aún no se ha desarrollado correctamente.

Entré en el café y me senté en una de las mesas de mármol. Sentí un estremecimiento momentáneo de alegría: me recordaba tanto a Francia... a todos aquellos días de feroz apuesta con la Muerte.

No vi a nadie que conociera. Pero al menos conocía de vista a los dos hombres de la mesa contigua. Todo el mundo conocía a aquel lobo gris y feroz: un hombre hecho en cada línea para la batalla, y sin embargo con una frente que lo elevaba limpiamente por encima del tumulto. Los elementos contradictorios de su naturaleza le habían jugado malas pasadas. Se llamaba Jack Fordham. A los sesenta años seguía siendo el más salvaje e implacable de los publicistas. «Rojo de diente y garra», como dijo Tennyson. Y, sin embargo, aquel hombre había encontrado tiempo para escribir gran literatura; y su rudo forcejeo con el mundo no había degradado su pensamiento ni estropeado su estilo.

Sentado junto a él estaba un periodista trabajador, débil y de buen carácter, llamado Vernon Gibbs. Escribía prácticamente la totalidad de un semanario; lo había hecho, año tras año, con la versatilidad de una pluma experimentada y la perseverancia mecánica de

un instrumento que la práctica ha gastado hasta volverlo perfectamente dócil.

Y, aun así, el hombre tenía mente. Algún instinto le decía que había sido destinado para cosas mejores. El resultado fue que se había convertido, de manera constante, en un bebedor cada vez más empedernido.

Aprendí en el hospital que el setenta y cinco por ciento del cuerpo humano está compuesto de agua; pero en este caso, como en la vieja canción, debía de ser que era pariente de aquel McPherson que tenía un hijo,

«Que se casó con la hija de Noé

y el Diluvio casi echó a perder

por toda el agua beber.

Y lo habría conseguido,

de eso estoy convencido,

si aquella mezcla hubiera tenido

tres partes —o más— de Glenlivet.»

La esbelta figura de un hombre joven-viejo, con una nariz bulbosa que restaba a su por lo demás notable belleza —ya estropeada por años de pasiones insanas— entró en el café. Sus fríos ojos azules eran esquivos y maliciosos. Daba la impresión de alguna criatura inmunda de la oscuridad: un saqueador de otro

mundo que miraba a su alrededor en busca de algo que despojar.

A sus talones avanzaba pesadamente su chacal, una criatura enorme, hinchada y parasitaria, semejante a una cucaracha, con ropas negras andrajosas, mal ajustadas, sin cepillar y manchadas; la ropa interior sucia, el rostro abotagado y lleno de granos, una horrible mueca maligna en su boca babeante, con una dentadura como la de un cementerio bombardeado.

El café chisporroteó al entrar aquellos hombres. Eran notorios, si no por otra cosa, y el cabecilla era el conde de Bumble. Todos parecían olfatear alguna fechoría en el aire. El conde se acercó a la mesa contigua a la mía y se detuvo deliberadamente en seco. Una mueca de desprecio cruzó sus labios. Señaló a los dos hombres.

—Bardolfo el borracho y el viejo Pistola —dijo, con la nariz crispándose de ira.

Jack Fordham no se quedó atrás en la réplica.

—Bien rugido, Bottom —respondió con calma, con una oportunidad perfecta, como si toda la escena hubiera sido ensayada de antemano.

Una mirada peligrosa apareció en los ojos del conde demente. Dio un paso atrás y alzó su bastón. Pero Fordham, viejo combatiente como era, había anticipado el gesto. En su juventud había estado en

los Estados del Oeste; y lo que no sabía sobre pelear no merecía saberse. En particular, tenía muy presente que un hombre desarmado sentado tras una mesa fija no tiene ninguna oportunidad contra un hombre con bastón en campo abierto.

Se deslizó fuera como un gato. Antes de que Bumble pudiera descargar su bastón, el viejo se había zambullido bajo su guardia y había sujetado al lunático por la garganta.

No hubo pelea propiamente dicha. El veterano sacudió a su adversario como un bulldog; y, cambiando el agarre, lo lanzó al suelo con un único y tremendo golpe. En menos de dos segundos todo había terminado. Fordham estaba arrodillado sobre el pecho del bravucón derrotado, que gimoteaba y jadeaba pidiendo misericordia, y le decía al hombre veinte años mayor que él —a quien había provocado deliberadamente a la pelea— que no debía hacerle daño porque eran tan viejos amigos.

El comportamiento de una multitud en asuntos de esta clase siempre me ha parecido muy singular. Todos, o casi todos, parecen disponerse a intervenir; y, sin embargo, nadie lo hace realmente.

Pero esta vez el asunto amenazaba con volverse más grave. El viejo había perdido de verdad el dominio de sí. Era muy probable que estrangulara hasta la muerte al canalla que tenía bajo la rodilla.

Tuve apenas la suficiente presencia de ánimo para abrir paso al jefe de camareros, un francés alegre y corpulento, que se abrió paso hasta el círculo. Incluso le eché una mano para apartar a Fordham del cuerpo postrado de su antagonista.

Bastó un toque. El viejo recuperó el control en un segundo, y regresó tranquilamente a su mesa sin más señal de excitación que gritar: «¡Sesenta a cuarenta, sesenta a cuarenta!».

—¡Voy! —gritó la voz de un hombre que acababa de entrar al fondo del café y se había perdido la escena por un minuto—. Pero ¿cuál es el caballo?

Oí aquellas palabras como un hombre en sueños; porque mi atención se había visto súbitamente distraída.

Bumble no había hecho ningún intento por levantarse. Yacía allí gimoteando. Aparté los ojos del espectáculo tan repugnante y los encontré atrapados por dos enormes orbes. En el primer instante ni siquiera supe que eran ojos. Es algo extraño de decir; pero la primera impresión fue que eran uno de esos pensamientos que le vienen a uno de la nada cuando vuela a diez mil pies de altura o así. Cosa rarísima, le digo: recuerda a las interferencias atmosféricas que se captan en la telegrafía sin hilos; y producen una sensación horrible. Es una especie de advertencia siniestra de que hay alguna persona o alguna cosa en

el Universo fuera de uno mismo; y la realización de eso es francamente aterradora, así como la otra realización —que uno está eternamente solo— es horrible.

Me salí completamente del tiempo y entré en la eternidad. Sentí que estaba en presencia de alguna influencia tremenda, para bien o para mal. Sentí como si hubiera nacido... no sé si entiende lo que quiero decir. No puedo expresarlo de otro modo.

Es así: nada me había ocurrido jamás en mi vida antes de eso. Usted sabe cómo es cuando uno sale del éter o del óxido nitroso en el dentista: vuelve a algún lugar, un lugar familiar; pero el sitio del que ha venido no es ningún sitio, y sin embargo ha estado allí.

Eso fue lo que me sucedió.

Desperté de la eternidad, del infinito, de un estado mental enormemente más vital y consciente que cualquier otro que conozcamos —aunque no pueda dársele nombre— para descubrir que aquel pensamiento innombrable de la nada era en realidad dos vastas esferas negras en las que me veía a mí mismo. Tuve el recuerdo de alguna visión en un relato de la Edad Media sobre un mago, y lentamente, muy lentamente, fui emergiendo de aquella profundidad hasta reconocer que aquellas dos esferas eran simplemente dos ojos. Y entonces se me ocurrió —el pensamiento tenía el carácter de una broma

particularmente absurda y ridícula— que aquellos dos ojos pertenecían al rostro de una muchacha.

A través del cuerpo gimiente del chantajista, estaba mirando el rostro de una joven a la que nunca había visto antes. Y me dije: «Bueno, está bien, te conozco desde toda mi vida». Y cuando me dije «mi vida», no me refería en absoluto a mi vida como Peter Pendragon; ni siquiera a una vida que se extendiera a través de los siglos; me refería a otra clase de vida, algo con lo que los siglos no tienen absolutamente nada que ver.

Entonces Peter Pendragon volvió completamente en sí con un sobresalto y se preguntó si tal vez no había mirado con cierta descortesía a lo que su sentido común le aseguraba que era una muchacha bastante ordinaria y nada particularmente atractiva.

Mi mente se turbó de inmediato. Volví apresuradamente a mi mesa. Y luego me pareció que pasaban horas mientras los camareros persuadían al conde para que se pusiera en pie.

Bebí a sorbos automáticamente. Cuando alcé la vista, la muchacha había desaparecido.

Es una observación bastante trivial la que voy a hacer. Espero al menos que sirva para despejar la mente de cualquiera de la idea de que yo pueda ser un hombre anormal.